

La constelación política era precisamente entonces extraordinariamente favorable para el proyecto de la cruzada. Había terminado la contienda acerca del trono de Nápoles; el inquieto Malatesta había sido humillado, y toda Italia gozaba por el momento de paz. Dos potencias, que sólo ellas ofrecían una fuerza bélica no despreciable, Hungría y Venecia, habían sido forzadas por el mismo curso de las cosas á la resistencia armada, y unidas estrechamente en una natural confederación. Con toda razón podía el Papa esperar esta vez que le pertenecería á él la dirección de aquella nobilísima empresa, en especial si se ponía al frente de ella, exponiendo generosamente su propia persona (1).

Las negociaciones con los delegados de las potencias italianas dieron principio á 22 de Septiembre (2), manifestando el Papa las promesas del duque de Borgoña y preguntando á los delegados, qué es lo que sus Estados ofrecían hacer por su parte para la defensa de la católica fe. Las respuestas de los napolitanos y venecianos fueron muy satisfactorias; pero no así las de los embajadores milaneses. El sentido de su larga oración era en breves términos: que no tenían poderes suficientes, y por consiguiente debían antes dar cuenta á su soberano. Los florentinos adoptaron la misma actitud, bien que su réplica fué todavía menos satisfactoria, por cuanto insistieron en la necesidad de que tomara parte en la cruzada el Monarca francés, cuya aversión á aquella empresa les era perfectamente conocida. Los delegados de Sena, Bolonia, Lucca y Mantua, acentuaron asimismo la necesidad que

saca de una * Carta del card. Gonzaga á su padre, fechada en Roma á 19 de Septiembre de 1463. «Questa matina facendose consistorio publico per audir li ambasciatori de Bergogna, quali hanno fatto le offerte come altra fiata scrisi a V. S.» Con esta fecha concuerdan los * Despachos de B. Marasca al marqués Lodovico y la * Carta de J. P. Arrivabenus á la marquesa Bárbara, fechados en Roma á 19 de Septiembre de 1463. En la última se lee: «Opinione commune è che N. S. a bon tempo debba ussir de Roma et elezer qualche luoco idoneo a la coadunatione de christiani. Assai se dicto de Udene, ma molti dicono che se venira a Mantua». Semejantes rumores se habían ya esparcido precedentemente en la curia; v. el **Despacho de B. Marasca, fechado en Tívoli á 30 de Agosto de 1463. Todos estos documentos los hallé en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. Voigt III, 686.

(2) La fecha en los Comment. Pii II 333, es falsa. Bartolomé Marasca en su * Despacho de 23 de Septiembre de 1463 dice expresamente; ayer se efectuó la deliberación. *Archivo Gonzaga*.

tenían de dar cuentas á sus gobiernos y recibir de ellos nuevas instrucciones.

Pío II, en su respuesta, tocó en primer lugar la cuestión del diezmo, refiriéndose á las conclusiones adoptadas en Mantua; éstas habían sido aprobadas por todos, á excepción de los venecianos, los cuales, por el contrario, se mostraban ahora los mejor dispuestos. Cada príncipe podía recaudar los fondos de la cruzada en su distrito, y con ellos alistar tropas y armar bajeles; el Papa no quería tocar nada, limitándose á exhortar á que en todas partes se tuviera cuidado de emplear aquellos fondos debidamente. Cuanto á la exigencia de los florentinos, hizo Pío II resaltar la necesidad de que Italia, como el país más próximamente amenazado, fuera quien comenzara la cruzada. Pero los delegados persistieron en pretextar que no podían contraer obligación ninguna antes de haber recibido instrucciones de sus gobiernos; sólo el embajador de Venecia formó en esta parte una gloriosa excepción (1).

Lo propio que en esta primera deliberación, los representantes de la opulenta Florencia desempeñaron en lo sucesivo un papel muy ambiguo, mostrándose más claramente cada día los más tenaces y ladinos enemigos de la cruzada. La razón de este proceder suyo era, por una parte, el político antagonismo de los florentinos contra los planes de engrandecimiento en Italia de la República de San Marcos; y por otra parte, la envenenada rivalidad entre ambos Estados á causa del comercio de Levante. «Que Venecia se desangrara guerreado sola contra los otomanos, era la tácita expectación de los florentinos». Por eso no querían que la guerra tomara el carácter de negocio común de la Europa occidental (2);

(1) Pii II Comment. 333-334 y la ** Relación de A. de Rubeis y Otto de Carretto, fechada en Roma á 24 de Septiembre de 1463, que es todavía más circunstanciada, pero está por desgracia echada á perder en parte por la humedad. *Archivo público de Milán* (donde está colocada por error en P. E. 1461). Cf. también la * Carta de B. Marasca, fechada en Roma á 23 de Septiembre de 1463 «El Papa, se dice aquí, habló elegantemente more solito.» *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Heyd-Raynaud II, 339. De qué manera retardara ya Florencia el envío de los embajadores, se saca de los * Despachos de Nicodemus de Pontremoli, fechados en Florencia á 14 y 22 de Agosto de 1463. En el * Despacho citado arriba not. 1, de 24 de Septiembre de 1463, se dice acerca de Florencia, que está «in tutto aliena de questa impresa». Todas estas relaciones se hallan en el *Archivo público de Milán*. La invitación á Florencia se hizo pública el 6 de Julio de 1463; á principio de Septiembre todavía no había comparecido nin-

y para alcanzar su designio, no omitieron los embajadores florentinos intriga alguna. Al Papa le declararon en una audiencia secreta, que la guerra contra los turcos no resultaría en último término sino en provecho de los venecianos, los cuales vanamente poseídos de la ilusión de ser los sucesores de los antiguos romanos, y de pertenecerles por consiguiente el universal dominio del mundo, procurarían, después de la conquista de Grecia, subyugar asimismo á Italia. ¿Podría entonces la Iglesia romana conservar su dignidad é independencia? Por esta razón convenía dejar que los venecianos se entendieran á sus solas con los turcos, con lo cual la guerra se prolongaría indefinidamente y vendría por fin á envolver en una misma ruina á entrambos adversarios, para salud de Italia y del mundo cristiano.

Pío II repuso, que ésta era una política miope y miserable, indigna del Vicario de Cristo. Es verdad que la ambición de los venecianos podría ir más allá de lo justo; pero en todo caso, mejor quería caer en la dependencia de Venecia que en la de los turcos. Aun cuando la República de San Marcos se proponía ante todo la conquista del Peloponeso, no obstante, en esta parte coincidían con sus intereses los intereses de la Cristiandad. En el momento presente era menester no querer prevenir las cosas que estaban demasiado lejos, sino preocuparse con preferencia de lo urgente; es á saber: de vencer al Islam y asegurar la libertad de Europa; con su auxilio y el apoyo del duque de Borgoña, del rey de Hungría y de los príncipes asiáticos enemigos de los turcos, era menester atacar de común acuerdo al común enemigo y derrotarlo. Para demostrar á los florentinos que no todas las conquistas que se hicieran quedarían en poder de los venecianos, des envolvió el Papa un plan que tenía pensado para la repartición de Turquía; el cual fué sin duda el primero de los muchos proyectos de este género que se han hecho posteriormente. Los venecianos habían de obtener el Peloponeso, la Beocia, el Ática y las ciudades del litoral del Epiro; Scanderbeg, Macedonia; á los húngaros se les daría la Bulgaria, Serbia, Bosnia y Valaquia y toda la región hasta el Mar Negro; al paso que otras partes del antiguo Imperio bizantino quedarían bajo el gobierno de griegos dis-

gún embajador, por lo cual Pío II en un *Breve, fechado en Tívoli á 1 de Septiembre de 1463, pidió el pronto envío del mismo. En el *Archivo público de Florencia* hay una copia de este Breve.

tinguidos. Los legados insistieron á su vez en la gran dificultad que se hallaría para resolver al pueblo florentino á pagar el tributo (1).

El siguiente día, 23 de Septiembre, descubrió el Papa sus designios á todo el Sacro Colegio de los cardenales en un consistorio secreto. Por manera conmovedora, y con lágrimas en los ojos, procuró en un largo discurso desvanecer todas las objeciones que se oponían á la empresa. Ahora, después de haber restablecido la paz en Italia, continuó Pío II, había expedito lugar para empuñar las armas contra los otomanos; lo cual en ninguna manera podía diferirse. Ahora se manifestaría si el celo que hasta entonces habían mostrado los cardenales por la fe, era hipócritamente fingido, ó si se resolvían á seguir al Papa. Él, por su parte, proyectaba armar una flota tan grande como lo permitieran los recursos de la Iglesia, y aunque anciano y enfermo, pensaba embarcarse él mismo en una nave y hacerse á la vela hacia Grecia y el Asia. «Pero se dirá: ¿de qué servirá el anciano caduco; de qué servirá el sacerdote en la guerra? ¿Qué significan los cardenales y los curiales en el campamento? ¿Por qué no se quedan mejor en sus casas, y envían una flota guarnecida de tropas aguerridas? Todo cuanto nosotros hacemos lo interpreta el pueblo en el peor sentido. Dicen que vivimos entregados á los placeres, que recogemos dinero, nos damos á la ostentación, montados en buenas mulas y briosos caballos; que vamos arrastrando los flecos de los mantos, y andamos por la ciudad mostrando rollizos mofletes bajo el rojo sombrero y amplia capucha; que mantenemos perros para la caza, gastamos mucho en comediantes y parásitos, pero nada por la defensa de la fe. Y por desgracia, no todo esto es falsamente fingido; pues hay algunos entre los cardenales y otros curiales que así se conducen (2). Y si queremos confesar la verdad, el lujo y el fausto de nuestra curia son grandes en demasía. Por esto

(1) Pii II Comment. 334 f. Zinkeisen II, 282 s. El representante de Florencia hizo una exposición semejante á la de los embajadores milaneses, cf. su ** Despacho citado arriba p. 335 n. 1, de 24 de Septiembre de 1463. *Archivo público de Milán*, cuán obstinado permaneció en su oposición á la cruzada el embajador florentino, se saca de la * Carta de A. de Rubéis y Otto de Carretto, fechadas en Roma á 10 de Octubre de 1463. *Bibl. Ambrosiana de Milán*.

(2) Alusión evidente á la vida del cardenal Borja. Acerca del Breve monitorio, que Pío II dirigió á este cardenal en 1460, v. nuestras indicaciones del tomo I, vol. II, p. 443 ss. [Por desgracia no convenían sólo al futuro Alejandro VI, semejantes vituperios.—N. DEL T.]

somos tan aborrecidos del pueblo, que no nos escucha ni aun cuando le hablamos sinceramente. ¿Qué pensáis pues? ¿Qué es lo que debemos hacer en semejante oprobio? ¿No es necesario que emprendamos un camino que nos conduzca á recuperar la confianza que hemos perdido? Y ¿qué camino, nos preguntaréis, conduce á este fin? ¡Verdaderamente ninguno de aquellos que en nuestro tiempo suelen usarse! Es menester que emprendamos caminos nuevos; es menester que nos preguntemos, de qué manera nuestros predecesores nos conquistaron este amplio señorío de la Iglesia; y éstos son los medios que también nosotros debemos emplear; pues la soberanía se conserva fácilmente por aquellos mismos medios con que se adquirió. La abstinencia, la caridad, la inocencia, el celo por la fe, el fervor de la religión, el menosprecio de la muerte, el anhelo del martirio, son los que levantaron á la Iglesia romana sobre todo el orbe de la tierra. No podemos conservarla, si no procuramos emular con nuestros predecesores que fundaron el imperio de la Iglesia. ¡No basta que seamos confesores, que prediquemos á los pueblos, que tronemos contra los vicios y sublimemos hasta el cielo las virtudes! Es preciso que nos asemejemos á aquellos, que entregaron sus cuerpos por el Testamento del Señor. ¡Todo hemos de sufrirlo por la salud del rebaño que nos ha sido encomendado, aun cuando debiéramos para ello perder la vida! Los turcos asuelan ya esta ya aquella región de la Cristiandad. ¿Qué hemos de hacer? ¿Enviar tropas contra ellos? ¿No tenemos dinero para armarlas! O ¿nos contentaremos con exhortar á los reyes á que corran á su encuentro, y arrojen de nuestras fronteras á los enemigos? ¡Mas esto ya lo hemos intentado inútilmente!

»En vano ha resonado nuestra exhortación cuando les hemos dicho: ¡id! Por ventura producirá mejor efecto la otra exhortación: ¡venid! Por eso nos hemos resuelto á marchar en persona contra los turcos, para mover á los príncipes cristianos á imitar nuestro ejemplo con palabras y con obras. Por ventura, cuando vean marchar á la guerra á su Maestro y Padre, al Obispo de Roma, al Vicario de Cristo, anciano, enfermizo y caduco, se avergonzarán de quedarse ellos quietos en sus Estados. ¡Si también esta tentativa fracasa, ya no conocemos otro medio! Sabemos bien cuán difícil es este negocio para nuestra ancianidad, y que correremos á una muerte casi cierta; ¡pero todo esto lo dejamos

en manos de Dios, cuya voluntad se cumpla! Por lo demás, nosotros mismos somos demasiado débiles para combatir con la espada en la mano; ni tampoco es éste el oficio del sacerdote; pero queremos imitar á Moisés, cuando rogaba desde una altura, mientras el pueblo de Israel peleaba contra los amalecitas. Nosotros, desde lo alto de un buque, ó en la cima de un monte, suplicaremos al Señor, cuyo sagrado Cuerpo nunca se apartará de nosotros, que nos conceda la salvación y la victoria.»

El Papa concluyó con un requerimiento dirigido á los cardenales, para que le siguieran. Sólo los ancianos de más edad debían quedar en Roma, y además, un Legado para los negocios espirituales y otro para los temporales, apoyado este último por un cuerpo de ejército de 5.000 hombres al mando de Antonio Piccolomini. «Así, pues, Nosotros consagramos esta encanecida cabeza y este débil cuerpo á la misericordia de Dios; Él tendrá piedad de nosotros, y si no nos concede el regreso, no por eso dejará de recibirnos en el cielo y conservar sin menoscabo la primera Sede y á su santa Esposa, la Iglesia» (1).

A pesar de estas entusiastas palabras, el partido francés del Colegio Cardenalicio opuso objeciones al plan del Pontífice. En realidad, hombres como Estouteville y Jouffroy eran incapaces aun de entender la resolución de Pío II de imitar á los antiguos papas mártires del Cristianismo. Esto no obstante, la mayoría de los cardenales consintió con él. El anciano Carvajal se inflamó todo en fervoroso celo, y exclamó entusiasmado: «¡Esta es la voz de un ángel! ¡yo te sigo, porque tú nos guías hasta el cielo!» (2)

En las primeras semanas siguientes el Papa se dedicó por todas maneras á promover la cruzada; se instituyó una comisión de cardenales para llevar adelante los armamentos en los Estados de la Iglesia (3), y fuera de esto, se celebraron casi diariamente deliberaciones con los delegados que se hallaban presentes, acerca de las proposiciones de los de Borgoña (4). Pío II, que no se disimu-

(1) Mansi, Orat. II, 168-179. Voigt III, 687 ss. Menzel VIII, 31 s. Zinkeisen II, 285.

(2) Pii II Comment. 341. Cugnoni 229-230. Gregorovius VII³, 200; cf. *Archivo público de Milán*.

(3) *Relación de Otto de Carretto y A. de Rubeis, fechada en Roma, á 1 de Octubre de 1463. Fraknoi, Carvajal 422.

(4) Cf. los * Despachos de J. de Aretio, fechados en Roma á 26 de Sept. y 3 de Oct. de 1463. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

laba las dificultades del asunto, discurría día y noche acerca de la manera de llevarlo adelante; y las objeciones y quejas de los franceses, cuyo Monarca volvía á amenazar con un concilio, no servían sino para inflamar todavía más el celo del Papa (1).

A 6 de Octubre resumió éste, en una asamblea de cardenales y legados, las principales determinaciones referentes á la guerra contra los infieles, de la siguiente manera: «Hase de emprender esta campaña, en el nombre de Dios y bajo la enseña de la Santa Cruz; hase de elegir un generalísimo en nombre de la Iglesia, al cual deberán obedecer todos los demás; las conquistas que se hicieren, se repartirán conforme á lo que cada uno hubiere contribuído. Y como quiera que el duque de Borgoña piensa salir á campaña en el próximo Mayo, cada cual ha de estar preparado para ese tiempo y provisto de vituallas para un año. Para evitar las dificultades que pudieran surgir, hay que establecer un común tipo monetario.» Todos los delegados aprobaron estas proposiciones, á excepción del de Venecia, que tropezó en lo referente á las conquistas y á que se hubiera de pelear bajo la insignia de la Iglesia. Antes de terminarse la reunión, dirigió todavía el Papa á todos los presentes la pregunta, de si habían recibido respuesta de sus gobiernos acerca de la imposición del treintavo; y sólo Lucca y Bolonia contestaron afirmativamente, al paso que los demás procuraron satisfacer al Papa prometiéndole una próxima resolución (2).

En realidad, las negociaciones se prolongaban de una manera indecible; los florentinos eran los que oponían más numerosos eflujos; pero Pío II sabía demasiado bien, que no pretendían hacer

(1) Cf. la *Relación de los embajadores milaneses citada en la pág. anterior n. 3, de 1 de Oct. de 1463 (*Archivo público de Milán*), y una ** Carta de los mismos fechada en Roma á 10 de Oct. de 1463 donde dicen: «Signore, la Sua S^{ma} ha l' animo molto ardente a questa impresa.» *Bibl. Ambros.* El embajador de Sena L. Benvoglianti escribe exactamente en el mismo sentido en 7 de Oct. de 1463. *El santísimo padre ad questa sancta et gloriosa impresa ci viene molto animoso et volenteroso... et se per se medesimo el potesse fare non richiedarebbe altro aiuto ne di genti ne di denari.» *Archivo público de Sena.*

(2) Cf. la ** Carta de Giacomo d' Arrezzo de 10 de Oct. de 1463 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y el ** Despacho de L. Benvoglianti, fechado en Roma á 7 de Oct. de 1463. En la **Relación de los embajadores milaneses de 1 de Oct. de 1463, se halla ya la razón de la resistencia del embajador veneciano, el cual no quería admitir la determinación que se fijaba de los terrenos conquistados, y «quello capitolo quod omnes debeant militare sub vexilo ecclesie» *Archivo público de Milán.*

otra cosa, sino lo que en otro tiempo habían hecho en Mantua (1). También Milán mostró muy escaso fervor (2); pero especialmente fueron penosas para el Papa las negociaciones con su ciudad natal Sena, «por cuyo enriquecimiento había tenido que soportar tantas murmuraciones» (3). Ahora fueron difiriendo el dar una respuesta determinada, mientras á alguien pudo interesar que la dieran; y á pesar de las repetidas y apremiantes amonestaciones del Papa, el embajador de Sena no había recibido todavía en Noviembre ningunas instrucciones. A 5 de dicho mes, escribía el embajador á su Gobierno, que semejante proceder excitaba la admiración, no sólo del Papa, sino también de los demás. A 12 de Noviembre repetía sus representaciones, añadiendo que el Papa estaba enfadado de que los sieneses, en vez de ser los primeros, vinieran á quedar los últimos. Después de largas, muy largas, negociaciones, convinieron finalmente los de Sena en que contribuirían con 10.000 ducados, excusándose con su pobreza para no dar más (4).

La comisión cardenalicia había hecho entretanto extensos proyectos para procurar los medios pecuniarios que se necesitaban. En todos los Estados de la Iglesia debía exigirse el diezmo, el veintavo y el treintavo; todas las preciosidades sobrantes de las iglesias, así en cálices como ornamentos, debían venderse para acudir á la causa de la fe, y todos los monasterios sin excepción debían de ser gravados con un impuesto. Se había de publicar la cruzada en todo el mundo y suspender todas las demás indulgencias, quedando en su valor solamente las concedidas con motivo de la guerra santa (5).

(1) V. los ** Despachos de Otto de Carretto y Aug. de Rubeis, fechados en Roma á 10 y 19 de Octubre de 1463. *Bibl. Ambrosiana* loc. cit. Son muy características para conocer la repugnancia de los Florentinos á la Cruzada, las ** cartas del gobierno florentino á sus embajadores en Roma, fechadas el 1, 6, 15, 17, 24 de Octubre, 5, 12 y 19 de Noviembre de 1463. *Archivo público de Florencia.*

(2) * Relación de J. de Aretio, fechada en Roma á 16 de Oct. de 1463. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(3) Cf. Voigt III, 691. Al embajador de Sena se le indicó expresamente que no hiciese ninguna «promissione, obligatione o vero conclusione» v. ** Nota substant. al sp. L. Benevolenti, fechada el 12 de Sept. de 1463. *Archivo público de Sena*, Instr. VIII.

(4) Pii II Comment. 342. Cf. los ** Despachos de «L. Benevolenti» fechados en Roma á 9 de Oct., 5, 12 y 23 de Nov. de 1463. *Archivo público de Sena*, Conc.

(5) * Carta de O. de Carretto y A. de Rubeis, fechada en Roma á 6 de Oct. de 1463. *Bibl. Ambrosiana.*

Fué de importancia decisiva, haber el Papa y el duque de Borgoña concluido el 19 de Octubre de 1463, una alianza con Venecia, por la cual se comprometieron mutuamente á hacer la guerra contra los turcos con todas sus fuerzas, por el término de uno á tres años, y no ajustar paces sino de común acuerdo. Pío II prometió además, que si el duque de Borgoña venía á Italia, emprendería la expedición con él. El Duque se obligó á salir á campaña para guerrear contra los turcos con todo su poder, lo más tarde á 1 de Mayo del año siguiente (1).

La importancia de la cruzada debía acrecentarse en gran manera, si además del duque de Borgoña tomaran también parte en ella personalmente otros príncipes distinguidos, como había sucedido en otro tiempo, en aquellos siglos llenos de fe de la Edad Media; y tampoco omitió Pío II medio ninguno conducente para este objeto. Primero se dirigió á su amigo y aliado el duque de Milán, y luego á los reyes de Portugal y de Castilla (2).

Desgraciadamente Francisco Sforza le dió una respuesta evasiva, lo cual fué para el Papa tanto más desagradable, cuanto había esperado poder anunciar la participación en la cruzada del poderoso Señor de la Lombardía, en la bula con que pensaba poner en conocimiento de toda la Cristiandad la empresa de la guerra santa (3). Esta bula se había aprobado ya en un consistorio secreto á 5 de Octubre, y no convenía diferir mucho más su publicación, porque los embajores de Borgoña deseaban partirse, y además se había declarado en Roma un contagio pestilencial (4).

(1) *Conventio celebrata Rome sumende expeditionis contra Mahometh Turcum christ. religionis hostem inter B^m in Christo patrem et D. D. Pium II. S. Pontif., ill. princ. Philippum ducem Burgundie et ill. D. Christoph. Mauro ducem et inlytum dom. Venet* *Archivo público de Venecia. Commem. XV. f. 91^b—93.* El tratado comienza así: *In nomine Dom. Cum S. in Christo pater... Pius II considerans persecutiones et mala etc.* Los principales pasages se hallan en Vast 270, donde, con todo, en vez de «S. D. vir Pius II.» hay que leer: *S. D. noster.* Extracto *Libri commem. 150*; cf. también Perret I, 396, y además la ** Carta del cardenal Gonzaga de 17 de Oct. de 1463. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(2) Epist. 47-49 de la ed. Mediol.

(3) ** Relación de O. de Carretto y A. de Rubeis á Fr. Sforza, fechada en Roma á 17 de Oct. de 1463. *Bibl. Ambros.*

(4) Además de la relación citada en la nota 3, cf. un * Despacho de los mismos embajadores de 6 de Oct. de 1463 (*Bibl. Ambros.*) y una * carta de los dos, fechada en Roma á 21 de Oct. de 1463, que se hallan en el *Archivo público de Milán.* L. Benvoglianti anuncia el comienzo de la peste en una * carta, fechada en Roma á 7 de Oct. de 1463. *Archivo público de Sena.*

Así, pues, en la tarde del 21 de Octubre, convocó el Papa á su palacio á los cardenales y á los delegados italianos, para excitar á éstos á que se comprometieran solemnemente á cumplir los artículos decretados en Mantua acerca de la contribución á los gastos de la guerra. Todos los presentes, en primer lugar los enviados del rey de Nápoles, y luego los de Milán, Módena, Mantua, Bolognia y Lucca, otorgaron lo que se les pedía, bien que no se fijó el tiempo, ni la forma y manera de la recaudación. Los enviados de Florencia y Sena no tomaron parte en esta asamblea, porque todavía no habían recibido instrucciones de sus respectivos gobiernos. Génova, Saboya y Montferrato ni siquiera habían diputado delegado alguno que los representara en aquel congreso (1).

En la mañana siguiente, sábado 22 de Octubre, se celebró un consistorio público en presencia de toda la Corte pontificia y de todos los embajadores. Gregorio Lolli leyó allí públicamente la Bula de la cruzada, «escrita con juvenil entusiasmo», en la que el Papa anunciaba solemnemente, que tanto él como el duque de Borgoña tomarían parte en la cruzada por la fe. Todos los que prestaran su auxilio para esta santa guerra obtendrían seguramente gran caudal de gracias espirituales. Los que fueran á la guerra personalmente, y permanecieran en ella por lo menos seis meses, así como los que contribuyeran con dinero conforme á sus facultades, alcanzarían una indulgencia plenaria. Con palabras conmovedoras se excitaba á tomar parte en esta expedición á los grandes y á los pequeños. «¡Oh tú, cruel, desagradecido é inconsiderado cristiano, que oyes todas estas cosas y no deseas, sin embargo, morir por Aquél que por ti murió! piensa, por lo menos en tus prójimos y hermanos en una misma religión, que gimen ya bajo la esclavitud de los turcos, ó se ven obligados á temer diariamente el peligro de ella. Si, pues, eres hombre, deja que los humanos sentimientos te determinen á acudir en socorro de aquellos que se ven forzados á sufrir los más indignos tratamientos; si eres cristiano, da oídos á la evangélica verdad que te manda amar á tu hermano como á ti mismo. Considera la calamidad de los fieles contra los cuales ejercitan su furia los turcos: los hijos arrancados

(1) V. la ** carta de los embajadores milaneses de 21 de Oct. de 1463. *Biblioteca Ambros.* Cf. también un segundo * Despacho de los mismos de 21 de Oct. de 1463, que se halla en el *Archivo público de Milán*; allí hay también una * copia del documento, por el cual Milán se obliga á ejecutar el decreto de Mantua concerniente á la contribución.